

**Madrid, 4 de abril de 2003**

## **FLUJO Y REFLUJO DE CAPITALS EUROPEOS EN AMÉRICA LATINA EN LOS ÚLTIMOS CIEN AÑOS**

**Alfredo López Serrano**

### **1- Historia y análisis económico**

En medio de los acontecimientos presentes, tantas veces confusos e inquietantes, la perspectiva histórica puede traer algo de luz que contraste con la desinformación o la saturación informativa de los poderosos medios de comunicación social

Pretendemos abordar, desde el punto de vista económico, algunos aspectos de la relación entre América Latina y Europa en el mundo contemporáneo. El análisis diacrónico del caso de Perú, y el estudio de la realidad argentina en la actualidad me han precedido y esto me permite tener el atrevimiento de intentar un ejercicio de generalización acerca de la compleja realidad económica de América Latina en los últimos cien años.

La generalización ha de ser incluso más radical, pues toda visión regional sólo se entiende desde el estudio general, en un mundo cada día más interconectado y globalizado que se acerque a una visión del mundo y de la historia concebidos como un todo de elementos interrelacionados e interdependientes. Complemento fundamental de mis comentarios de hoy es la conferencia que mañana llevará a cabo Ascensión Martínez Riaza sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, y ambos trabajos comparten ese necesario enfoque global que habla de la importancia conformadora de los vínculos exteriores de América Latina o de cualquier parte del mundo. No podemos evitar, por tanto, la omnipresencia de los Estados Unidos para enmarcar la inversión europea en Latinoamérica. Sólo bajo esta perspectiva global el estudio puede resultar comprensivo y fructífero en el sentido de sacar alguna conclusión sobre las relaciones entre Europa y América Latina.

Para entender los presupuestos básicos de la economía latinoamericana, es inevitable, por tanto, recordar el pasado colonial y su continuación imperialista, pues desde el descubrimiento, América Latina nunca ha logrado ser independiente del mundo exterior. A pesar de sus luchas sólo ha conseguido modificar, pero no eliminar, la forma, la naturaleza y la extensión de su antigua dependencia de siglos. Todos los nombres que queramos darle, Hispanoamérica, Iberoamérica, América Latina, reflejan un legado imperialista. Éste último fue acuñado por los franceses en la década de 1860, en medio del apoyo a Maximiliano de México y de la ofensiva cultural, política y económica por toda América española y portuguesa. Sostenían que existía una esencia latina -encarnada en la cultura francesa- subyacente en el núcleo de la civilización iberoamericana, y ciertamente la

influencia francesa era enorme entre las clases altas por entonces (Skidmore, 1999: 378). La llegada de inmigrantes italianos, la reivindicación implícita en el término de la diferencia frente al mundo anglosajón y, finalmente, que América Latina es la expresión más comúnmente aceptada entre sus propios habitantes, nos lleva a adoptarla para referirnos a ella.

Sobre Latinoamérica se han realizado numerosos estudios económicos, la mayoría bien intencionados, pero casi todos centrados en el corto plazo. Analizan situaciones coyunturales espectaculares (crisis periódicas que asolan estos países), y a veces sacan conclusiones que envejecen rápidamente. Son significativas las frecuentes profecías incumplidas (por ejemplo, en abril del 2001, el Banco Mundial vaticinaba un “entusiasta” aumento de las inversiones y del crecimiento en América Latina en los dos años siguientes, principalmente los países que comerciaban con Europa, como Argentina, mientras México sufriría un frenazo, es decir, lo contrario de lo que ha sucedido. Véanse estos vaticinios en [www.finanzas.com/id.1867158/noticias/noticia.htm](http://www.finanzas.com/id.1867158/noticias/noticia.htm)). Hacer un análisis del sistema económico latinoamericano parece una tarea imposible, pues tal vez no exista dicho sistema como tal. Los elementos heterogéneos que lo componen ofrecen un espectáculo complejo o caótico que hace difícil cualquier racionalización y generalización. Pero si no nos hemos conformado con respuestas simplistas, seguro que todos los que estamos aquí nos hemos preguntado en alguna ocasión: ¿Dónde estará el problema de América Latina? ¿Cómo es posible que la enorme riqueza que posee no genere naciones ricas? ¿Cómo es que siguen desunidos y con graves conflictos pueblos en los que se han producido fusiones culturales que tan buen ejemplo podrían dar al resto del planeta?

Las reflexiones que constituyen el contenido de esta charla tienen su origen en el estudio de la repatriación de capitales que se produjo en torno a la derrota colonial de 1898, y de la que deriva el nacimiento de la banca española actual. Los grandes bancos españoles nacieron y se nutrieron al calor de los capitales indianos: El Banco de Santander, el Banco de Vizcaya, el de Bilbao, el Hispano-Americano, cuyo nombre no puede ser más expresivo, o el Banco Central, en donde trabajé nueve años (que por cierto se llamó inicialmente Banco Español del Río de la Plata), todos, en sus comienzos, tienen mucho que ver con América, y todos tienen hoy una gran importancia en el nuevo viaje allende los mares de las inversiones españolas.

Pero España y Portugal llevan integradas en Europa desde 1986, tiempo suficiente para que la península ibérica haya servido, como antaño, de puente de los recursos humanos y económicos de Europa occidental. Desde entonces, las inversiones españolas y europeas han ido cubriendo las grietas que dejaba en América Latina otra economía, la de los Estados Unidos, iniciando un flujo que no es nuevo en la historia económica mundial, como tampoco lo es el reflujo de estos capitales: las idas y venidas de estos recursos a un lado y al otro del Atlántico son la columna vertebral del capitalismo desde la Edad Moderna.

Algunas precisiones al título de esta charla: no voy a referirme únicamente a los últimos cien años, pues muchos procesos del último siglo tienen unas raíces más lejanas que hay que recordar con cierta profundidad, y no sólo voy a hablar de flujos de capitales, pues aunque el capital es la esencia, podríamos decir, de la relación económica, lo más evidente y estudiado es el trasiego comercial y otros efectos de la inversión. No existen estadísticas publicadas que recojan regularmente los movimientos internacionales de capital, ni una

recopilación exhaustiva del origen y destino de este flujo. Además, resulta muy difícil discernir la proporción de capital público o privado, a largo o a corto plazo, las inversiones directas o de cartera. Que yo no sea economista perjudica sin duda la precisión conceptual de mi análisis, pero como historiador tal vez puedo aportar una perspectiva de conjunto de los factores económicos que se reflejan en las calles, en los campos, en los rostros de la gente. La segunda parte de la conferencia estará ilustrada con algunos gráficos y fotografías donde podrá apreciarse la evolución económica no sólo en las estadísticas, sino en algunas imágenes robadas a la cotidianeidad latinoamericana.

Debemos quitar aquí a la palabra capital todo tipo de connotaciones negativas, si esto fuera posible. El dinero es el motor de la historia contemporánea, y representa el trabajo acumulado, las energías de los pueblos concentradas en unos lingotes de oro, unos billetes o unos guarismos; es la sangre que da vida a las naciones. América Latina sigue con sus venas abiertas, según la plástica imagen de Eduardo Galeano, y por tanto estudiar qué pasa con estos capitales de ida y vuelta es más importante que la hojarasca política y las habituales nimiedades personalistas en la lucha de facciones que son el pan de cada día en los medios de comunicación.

## **2- Hasta la Primera Guerra Mundial. Adaptación al liberalismo.**

No nos remontamos en este estudio más allá del siglo XIX, para no repetir las conocidas relaciones de dependencia colonial que se establecieron siempre entre metrópoli y territorios colonizados durante la Edad Moderna. Se insiste siempre que los españoles no fomentaron el contacto entre sus colonias y que esta estructura comercial competitiva, en vez de complementaria, impidió la integración al terminar el dominio español, lo que es cierto en términos generales, si bien se encuentran honrosas excepciones, como la que representó la existencia del Galeón de Manila, y matices importantes según el período histórico al que nos refiramos, pues no es lo mismo el siglo XVII, en el que Hispanoamérica había logrado un aceptable grado de autoabastecimiento y desarrollo, que el reformismo borbónico que creó un gran malestar y rencor en la sociedad criolla, pues el desarrollo incipiente quedó trabado por reformas que son percibidas como una nueva reconquista de América que buscaba la prosperidad en la metrópoli a costa de las colonias (Lynch).

La situación se hace más compleja en el siglo XIX, por la pervivencia de las tendencias coloniales unidas a las nuevas estructuras nacidas de los Estados emancipados, independientes, al menos sobre el papel. La principal continuidad es la simple sustitución de metrópoli comercial, España o Portugal, por Inglaterra, como ya se venía produciendo en épocas bélicas. Curiosamente, los momentos de guerra o de crisis para España eran vividos como buenos momentos por la población y los comerciantes de ultramar, pues bajaban los precios por una mayor presencia de productos ingleses exentos de impuestos y aranceles, procedentes de un contrabando cada vez más generalizado. La independencia tuvo, pues, un sustrato eminentemente económico, ya que el mantenimiento del imperio español llegó a ser demasiado gravoso para las provincias americanas. Pero esta independencia no sirvió para establecer relaciones económicas significativas entre los nuevos Estados (fracasados los intentos de unirse en la Gran Colombia que potenció Bolívar) e inmediatamente cayeron bajo la dependencia económica británica y, poco más tarde, bajo los Estados Unidos de América del Norte.

Las guerras entre facciones, los golpes militares, la implantación convulsiva del liberalismo impidió realizar una política sostenida de salvaguarda de los intereses de las nuevas naciones. A poco que se analice el tema, se constata un hecho evidente, determinante en las relaciones económicas entre Europa y América Latina: la doctrina Monroe, que siempre se resume con la expresión “América para los americanos”, lema del dominio de los Estados Unidos sobre todo el continente, acabó imponiéndose, pese a que hasta 1914 las ex-colonias norteamericanas siguieron siendo importadoras netas de capital (Zacchia, 1981: 179). Pero era evidente el crecimiento exponencial de su poderío económico, industrial y militar, hasta el punto que el Imperio Británico no tardaría en abandonar sus pretensiones en aquel hemisferio.

A partir del último cuarto del siglo XIX, en que comienza una segunda revolución industrial, se impulsan cambios cualitativos importantes en las sociedades occidentales, entre ellos la mayor tendencia al imperialismo. Desde la perspectiva periférica de América Latina este fenómeno se manifiesta en la existencia de inversiones externas que modifican, casi sin excepción, la organización comercial y jurídica de los países latinoamericanos volcándolos hacia el exterior, vinculándolos a la nueva ofensiva colonial. La mejora de los transportes propició la división internacional del trabajo y de la actividad económica, lo que radicalizó la tendencia al monocultivo de exportación y a la superexplotación minera de América Latina, mientras se importaban manufacturas inglesas que provocaban la rápida pérdida de las reservas de oro. Las reformas de la legislación sobre la propiedad y las prácticas de política económica proporcionaron ventajas para la burguesía comercial agraria, muy ligada al mercado mundial, grupo social que en última instancia presionó a través de los gobiernos (Guatemala, Salvador, ) para que los indígenas y mestizos cultivaran productos de exportación (en contra del tradicional maíz). La expropiación de comunidades indígenas fue la regla de oro del liberalismo iberoamericano, casi completamente consumada hacia 1880, con algunos retrasos y rebrotes (Ecuador, Brasil, México... donde aún subsisten comunidades en sus territorios siempre amenazados). Es muy significativo el caso de Guatemala, donde las tierras de la Iglesia fueron distribuidas gratuitamente con la especificación de que debían dedicarse al café u otro producto comercial.

Pero el sistema de capitalismo periférico que se estaba formando a finales del siglo XIX tenía importantes inconvenientes que pasaron una importante factura en el futuro. El sistema de economía de exportación necesitaba gran cantidad de mano de obra a la que había que alimentar, y sin embargo la producción de alimentos básicos era deficiente. El eterno problema de la mano de obra en América será una consecuencia de este diseño económico. Ni el sistema esclavista fue eficiente después de la abolición, ni la desposesión de tierras a los indígenas, que emigraron a lugares donde trabajar a cualquier precio, ni la llegada de chinos y malayos, ni siquiera la afluencia de europeos, a los que se consideró más rentables, por los capitales que presuntamente aportaban o por su espíritu de iniciativa y mayor confianza en sí mismos, resolvieron el problema de la mala situación laboral y de la mala distribución de la riqueza, enfermedades sociales endémicas en América Latina.

Fracasaron, pues, las políticas basadas en prejuicios raciales, y particularmente la idea que circuló en el siglo XIX, de que una América Latina poblada de blancos sacaría a cada país del atraso. No fue así, en absoluto, pero siguen existiendo vagos prejuicios culturales que ven el origen del atraso en el peso de lo latino frente a lo anglosajón... También circuló un

determinismo ambiental que reforzaba el racial (lo tropical era contradictorio o inconveniente para el sueño liberal o industrial). Hoy son simplemente viejos tópicos inútiles para explicar la situación actual.

En resumen, la inversión internacional fue el motor de los cambios, aunque otros agentes ayudaron a este empuje, la colaboración de las élites, las reformas liberales y libremercantistas (bajo una ideología liberal que no tenía alternativa entonces), la organización de la producción agrícola, etc. El liberalismo periférico se acabó imponiendo y modificó la estructura económica de los países latinoamericanos preparándolos para el neocolonialismo y el intercambio desigual.

***Relación entre procesos exteriores e interiores en América Latina 2ª mitad del siglo XIX***

<b>Dimensión mundial</b>		<b>América Latina</b>
<ul style="list-style-type: none"><li>- Aceleración de la construcción ferroviaria</li><li>- Auge de la navegación a vapor</li><li>- Canal de Suez</li><li>- Fiebre del oro</li><li>- Movimiento de capitales</li></ul>	<b>Coinciden con</b>	<ul style="list-style-type: none"><li>- Aceleración del proceso de reformas liberales.</li><li>- Avance sobre las tierras comunales y de propiedad eclesiástica</li><li>- Colonización de áreas vacías</li><li>- Preparación del fin de la esclavitud, etc.</li></ul>

Las principales naciones europeas mantenían por entonces su carrera inversora en todo el mundo, en la pugna de imperios que precedió a la Primera Guerra Mundial. Importantes comunidades de alemanes con contactos crediticios en Hamburgo y Bremen se encontraban firmemente instaladas en Guatemala y en el Caribe a fines del siglo XIX. Parte de la exportación colombiana y venezolana también tenía destino a Alemania, vehiculada por sus respectivas comunidades germanas. Sin embargo, en 1912 la mayor parte de estos negocios ya están en manos norteamericanas. La expansión agropecuaria y la construcción de ferrocarriles de la Argentina del cambio de siglo se debieron al capital británico: de 17.000 Km de ferrocarril en 1900 se pasó en 1914 a 34.000 Km. El ferrocarril era altamente favorable a los intereses británicos centrados en el comercio internacional: la red se establece en abanico desde Buenos Aires, siempre atendiendo al contexto del convenio político-comercial anglo-argentino. Terratenientes y comerciantes, el puerto y la campaña, Londres y Montevideo (o Buenos Aires), serán elementos indisociables de esta red de fuerzas en la que el Cono Sur se verá atrapado.

Existía una justificación intelectual para llevar a cabo esta política de reformas: el liberalismo, importado de Inglaterra o Francia pero sin la estructura social de estos países industrializados. Casi nunca se puso en cuestión que el libre juego de fuerzas económicas conduciría sin remedio al desarrollo, y aunque se atacaron las políticas no liberales de algunos Estados del momento, se alabaron sus logros en la apertura liberal de sus fronteras. Entre las diferentes élites que podían haber influido en política (menos de un 5% de la población) había consenso sobre la necesidad del liberalismo económico.

Los países latinoamericanos lograron diferentes niveles de integración en el sistema mundial, y uno de los sistemas para lograrlo rápidamente fue el fomento de la especialización productiva. Sin embargo, la vulnerabilidad estructural de las economías de

exportación y monocultivo era evidente, pese a que el aumento coyuntural de las exportaciones produjo momentos fugaces de innegable prosperidad, como sucedió en Brasil con el cacao entre 1880 y 1905, con el caucho entre 1890 y 1912, o con el café más tarde, así como con el guano de Perú, los minerales de México y el azúcar del Caribe, que contribuyeron decisivamente a la formación de grandes fortunas y a que se llevaran a cabo rápidamente las reformas liberales.

Hoy no se discute que el estímulo del cambio provino de la economía de los países desarrollados, sobre todo de Gran Bretaña, pues la industrialización requería importaciones de alimentos y materias primas (azúcar, nitratos fertilizantes, lana, metales...). Por la propia lógica de la dependencia, los beneficios en la periferia no pueden cambiar la relación de desigualdad, de forma que pronto la competencia internacional dirigida por las empresas de los países industrializados provocó la bajada de precios y la debilidad de los países productores. Cuando es puesta en tela de juicio la estructura exportadora de monocultivos, las empresas primero y los ejércitos después cortan de raíz los intentos independizadores.

Paraguay, después de la independencia parecía seguir una vía más igualitaria, incluso una incipiente industrialización. Pero las guerras, especialmente la promovida por la llamada Triple Alianza (Argentina, Uruguay y Brasil aunque, según Cardoso, tras ellos estaban los intereses británicos), arruinaron este proceso, encarrilándole al modelo general, frustrando la industrialización y diezmando a la población (de un millón a 300.000 habitantes).

Sin embargo, serán los Estados Unidos los que comiencen, sobre todo a finales del siglo XIX, a asestar los más contundentes golpes de la *big stick policy*, versión hemisférica de la *realpolitik* bismarckiana. Incluso los sufrió la propia Inglaterra en el conflicto de Guayana y de forma más aplastante España con la derrota en la guerra de Cuba en 1898. Las intervenciones militares propiciarán el ascenso del militarismo en todos estos países, que a su vez necesitan más exportación para sufragar los fuertes gastos militares con los que quedará sembrado el camino de las dictaduras posteriores.

Sólo durante la Guerra de Secesión (1861-1865) descendió el poder norteamericano. Durante ese tiempo hubo atisbos de recuperación de las posiciones europeas. México sufrió un breve imperio títere respaldado por Francia y Santo Domingo volvió transitoriamente a la soberanía española, pero la anexión, llena de problemas bélicos, fracasó al terminar la guerra civil estadounidense, y los dominicanos pidieron la incorporación a los Estados Unidos, lo que fue rechazado por el Senado en 1868, lo que no obstará para que, más tarde se produzca la ocupación norteamericana entre 1916 y 1924, y su secuela la dictadura de Trujillo. También Haití fue invadido por los ejércitos norteamericanos. En Nicaragua, José Santos Zelaya gestionó la construcción del canal interoceánico con capitales europeos. Sin embargo en 1912 se producirá el desembarco de tropas estadounidenses, cuya presencia será efectiva hasta 1933. El caso de Panamá es igualmente significativo del aumento del poderío norteamericano frente a los intereses europeos en retirada: cuando todavía Panamá estaba integrada en Colombia, este país rechazó en 1903 la oferta de EE.UU. de comprar una faja de terreno de 10 kilómetros en torno al futuro canal interoceánico. El resultado fue, ese mismo noviembre, la secesión de Panamá y la inmediata firma del contrato. La fragmentación, por obra de los poderosos intereses norteamericanos, se había consumado.

Durante el siglo XIX se produjo un escaso desarrollo de la industria interna. Nadie la apoyó inicialmente, ni los terratenientes, empeñados en sus empresas agrícolas, ni los

comerciantes, muchos de ellos extranjeros, enemigos del necesario proteccionismo. Se empujaba a América Latina a la economía internacional con un modelo que limitaría su desarrollo, el de abastecedor de materias primas e importador de productos manufacturados, bienes de lujo, textiles y maquinaria, es decir, un crecimiento basado en la exportación y la importación, caracterizado por una progresión más regular de ésta última y fuertes crisis periódicas de la primera, con la consiguiente vulnerabilidad del sistema.

Hacia 1913, los inversores británicos poseían todavía dos tercios del total de la inversión extranjera, sobre todo en ferrocarriles, que facilitaban la integración de la economía interior latinoamericana con la mundial, que ellos controlaban. El liberalismo triunfó hacia 1850, y ciertamente modeló estos Estados y proyectó sus economías hacia el exterior. En la práctica reforzó el poder financiero de Inglaterra en América Latina.

Al mismo tiempo surgió un movimiento en contra del poder británico, materializado en un aumento de la influencia francesa (contraria al mundo anglosajón, tópicamente materialista, superioridad cultural y artística, etc.), con aumento de inversiones de Francia y Alemania en América Latina. España no dejó de tener problemas para mantener su presencia. Pero lo más significativo, insistimos, fue el ascenso de los Estados Unidos en el cambio de siglo XIX al XX, al calor del avance inversor de la segunda revolución industrial, un expansionismo que se hacía realidad en todo el Caribe, Panamá, Cuba y Puerto Rico,... En 1898, la flota inglesa del Caribe se retiró completamente, dejando con toda la intención las manos libres a los Estados Unidos, pues la garantía para los intereses británicos y la vigilancia en el hemisferio que la presencia de los norteamericanos aseguraba, beneficiaba a los intereses británicos. Se estaba haciendo realidad la doctrina Monroe, como puede apreciarse en las siguientes tablas.

***Inversión estadounidense en América Latina 1897-1914 (millones de dólares).***

<b>Año</b>	<b>Países del Caribe</b>	<b>México y Centroamérica</b>	<b>Sudamérica</b>	<b>Total</b>
1897	4,5	221,4	37,9	304,3
1908	220,2	713,0	139,7	1062,9
1914	329,0	946,7	365,7	1641,4

*(Fuente: Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina. External Financing in Latin América. Nueva York, Naciones Unidas, 1965, p. 14, citado en Skidmore, p. 386)*

***Inversiones de capital extranjero a largo plazo en América Latina, 1914 (mill. de dólares).***

<b>Origen</b>	<b>Inversión privada extranjera (y deuda pública exterior)</b>	<b>Porcentaje</b>
Alemania	367	3.8
Estados Unidos	1487	15.2
Francia	1013	10.4
Inglaterra	5066	51.9

Otros	1821	18.6
Total	9754	100

*Fuente: Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina, External Financing in Latin América. Nueva York, Naciones Unidas, 1965, p. 16, citado en Skidmore, p. 387)*

Esta situación de tambaleante predominio europeo se prolonga hasta el brusco cambio que supuso la Primera Guerra Mundial.

### 3- Una crisis entre dos guerras

Las dos guerras mundiales quebraron el dominio europeo del mundo en beneficio de los Estados Unidos, lo que fue particularmente visible en América Latina. La drástica retirada de inversiones europeas, necesaria para pagar el fuerte endeudamiento de posguerra, fue pareja a la reducción del comercio y de la influencia directa de las naciones del Viejo Continente en el Nuevo Mundo.

Pero simultáneamente a los errores de Europa y a la pérdida de competitividad de sus empresas, en toda América tenía lugar una acción decidida de los Estados Unidos para ratificar su preeminencia en aquel hemisferio. La Organización de Estados Americanos (OEA), surgida de la Unión Panamericana, suponía una verdadera ofensiva imperialista del coloso del Norte en Iberoamérica, frente a la cual sólo se levantó un moderado rechazo de las elites intelectuales. Nunca se llegó a dar una verdadera alianza latinoamericana para detener el avance de lo anglosajón, como había soñado José Martí.

Estados Unidos, basándose en sus recursos y en su exportación de capital, establecía su hegemonía en el hemisferio, y de forma más notable en el área del Caribe. Después de 1914, se convirtieron en los principales acreedores de todos los países latinoamericanos. A partir de este momento se ha de tener en cuenta:

- a) Que los capitales europeos son muy minoritarios con respecto a los estadounidenses, si exceptuamos la relativa importancia de los flujos de inversión británicos.
- b) Que los períodos de recuperación de la influencia europea en América Latina son breves en el tiempo, y están sujetos a bruscos giros, dependiendo de los fuertes traumas y las crisis periódicas que ha vivido Europa y el mundo desde entonces.

Ni siquiera en México, donde la revolución triunfante convulsionó durante un tiempo los principios sociales, pues supuso el triunfo de la clase media reformista, se pudo lograr una independencia siquiera moderada frente a los Estados Unidos, y cuando algunos líderes revolucionarios intentaron llevar más lejos las ideas de reparto de tierras, la gran potencia vecina se apresuró a demostrar hasta qué punto toleraría los cambios al sur del río Grande.

La Gran Guerra había enseñado a las naciones desarrolladas que el *Laissez Faire* tenía sus debilidades y que era necesario un fuerte intervencionismo estatal en la llamada economía



de guerra y en la reconstrucción, un primer aviso del derrumbe del liberalismo puro que se produciría en 1929.

Aunque la guerra había contraído transitoriamente el comercio, y los países latinoamericanos reaccionaron rápidamente sustituyendo las importaciones por producción local (incluso Argentina llegó a prestar a Europa en torno a 1920), se acusó a los industriales de egoístas que querían aprovecharse de las inversiones del Estado, aunque lo cierto es que no tenían fondos ni experiencia para evitar que siguieran entrando capitales extranjeros y productos sin control aduanero. Así que no se puede hablar de un cambio de tendencia en la producción y de orientación económica hasta la crisis de los años treinta, cuando caen los precios y los volúmenes de los productos de plantación en todo el mundo. La reducción de las exportaciones de café, azúcar, metales y carnes fue espectacular: en el quinquenio 1930-34 un 48% menos que en 1925-1929. Evidentemente, los que más sufrieron con la contracción del comercio internacional fueron los que más dependían de ese comercio: América Latina y los pequeños países de Europa, mientras Estados Unidos y también la Unión Soviética soportaron mejor la recesión, pues tenían un comercio interior fuerte o dependían de sí mismos para el abastecimiento. Se vio entonces el alcance del problema estructural que suponía que un país se dedicase casi con exclusividad a la exportación de bienes primarios, como era habitual en América Latina.

Esta fuerte inflexión del comercio mundial obligó a lanzar la industria de sustitución de importaciones, por la cual los países latinoamericanos, especialmente México, Argentina y Brasil, buscaron lograr la autosuficiencia económica o, al menos, compensar la pérdida de exportaciones y reducir, en lo posible, las importaciones. Esta nueva orientación impulsó el proteccionismo hacia las industrias nacionales, la inversión del Estado en infraestructuras, aumento del gasto público y del presupuesto militar, etc.

Pero la sustitución de importaciones, como mucho, resolvió una situación coyuntural, y sólo condujo a problemáticas disparidades en el crecimiento, puesto que la sustitución no fue completa. Había recursos, pero no investigación, ni consumo interno, ni tradición industrial para la fabricación de bienes de equipo, por lo que las plantas industriales creadas fueron frágiles y finalmente no competitivas. Además había un serio problema por la escasa magnitud de los mercados: tal vez Argentina, Brasil y México lograban la magnitud suficiente para que su industria resultara rentable, seguidas de Chile. Pero adoptaron una postura de competición entre ellas, más que de complementariedad, por lo que sólo se llevaron a cabo desarrollos industriales incompletos.

Por lo que respecta a Europa, la Gran Depresión sorprendió a los capitales europeos que habían conseguido recuperarse en América Latina durante los “felices años veinte” y que no tuvieron la fortuna de repatriar a tiempo las inversiones y beneficios. El resultado fue una contracción drástica de las inversiones europeas en América Latina a partir de la crisis económica de los años treinta, como queda de manifiesto en la siguiente tabla.

***Distribución porcentual de las inversiones de países industrializados en América Latina***

	1921-29	1930-38	1951-55	1956-61
Reino Unido	28 %	14 %	11 %	10 %
Francia	22 %	1 %	3 %	6 %
Alemania	--	--	2 %	9 %

Estados Unidos	43 %	78 %	78 %	67 %
----------------	------	------	------	------

A pesar de las convulsiones que estaban experimentando las metrópolis europeas, en el fondo, en América Latina, nadie con poder para hacerlo quería cambiar profundamente la situación, ni en lo económico, en lo que nos vamos a centrar, ni en sus inevitables implicaciones sociales, políticas e ideológicas.

En primer lugar, la estabilidad política era esencial para atraer la inversión extranjera, clave del crecimiento dentro del modelo diseñado con anterioridad. Por tanto, en el agitado período de entreguerras, la política interior de los Estados latinoamericanos se centró en el orden público. Lo más frecuente fue que los terratenientes y otras elites económicas tomaran el control del poder de forma directa. La segunda opción fue la aparición de férreas dictaduras, muchas de origen militar, que mantuvieron el orden de forma más represiva, casi siempre con la connivencia y el beneplácito de los terratenientes y de los comerciantes, que vinculaban su éxito económico a corto plazo con la economía de plantación y exportación.

Pero la política de sustitución de importaciones y el aumento de las inversiones estatales en la industria tuvieron importantes consecuencias desde el punto de vista social y político. Los industriales ganaron influencia social frente a los terratenientes en algunos Estados. Aumentó el número de miembros de la clase media y las capas obreras urbanas se organizaron activamente. Por otra parte, la cerrazón económica reavivó el nunca perdido sentimiento nacionalista en América Latina, y si bien los grupos fascistas no llegaron a tomar el poder, sí influyeron en sectores relevantes, como el ejército. Los regímenes totalitarios se impusieron en varias naciones, aunque no se imitó los modelos europeos. La movilización obrera preocupó especialmente a estos regímenes. Dependiendo del signo político de los gobernantes, las masas de trabajadores constituyeron bien un enemigo, cuyo movimiento hubo que reprimir para garantizar el orden y el progreso nacionales, lo que fue frecuente entre los gobernantes militares (que van adquiriendo cada vez mayor influencia hasta la toma del poder, momento en el que desdeñan las prácticas políticas anteriores), o bien, en otros países, el proletariado fue considerado un aliado, al menos en los discursos de los carismáticos dirigentes populistas, y la mejora de sus condiciones de vida se convertía en el objetivo de su gestión y de sus reformas, aunque en el fondo se trataba de una alianza proindustrial entre empresarios y obreros (beligerante contra los tradicionales intereses de los latifundistas) cuyo principal objetivo era garantizar la producción y neutralizar la movilización obrera.

Teóricamente, la sustitución de importaciones podría haber sido el comienzo de una verdadera industrialización, y así se valoró de forma triunfal por los gobiernos latinoamericanos, interesados en legitimar su labor. Pero varias características de este crecimiento denotaban su incapacidad para producir un verdadero despegue industrial y un camino firme hacia el desarrollo.

En primer lugar, la producción de alimentos básicos siguió enfrentándose a las presiones internas y externas interesadas en mantener y acrecentar la producción exportadora, y se mantuvo siempre muy lejos de las cifras y ritmo de los países desarrollados. Además, en América Latina el crecimiento de población siguió presentando tasas muy elevadas, con lo que la renta *per capita* y el nivel de alimentación descendieron en determinadas circunstancias críticas. Se importaron, por tanto, productos básicos, que generaron tensiones inflacionistas y crisis alimentarias de carácter tumultuoso; en resumen, un

ambiente poco propicio a la formación de un fuerte e independiente mercado interior.

Los beneficios de las exportaciones (a los que siguieron dedicando los gobiernos latinoamericanos un interés continuo), produjeron ante todo aumentos de gastos por importaciones de productos manufacturados, pues los minoritarios grupos sociales favorecidos, cada vez más opulentos, no estaban dispuestos a renunciar al consumo de productos de lujo y día a día imitaban y sobrepasaban el tren de vida europeo o norteamericano. Además se exportaban productos primarios con la condición de importar manufacturados, en virtud de los acuerdos bilaterales y de los préstamos ligados a la importación. A largo plazo, para conseguir el desarrollo y la riqueza de un país, se sabía necesaria una estructura productiva interna adecuada, que básicamente a mediados del siglo XX suponía la necesidad de lograr un equilibrio entre agricultura e industria, frente a otros indicadores engañosos. Así por ejemplo, las inversiones en ferrocarril que tuvieron lugar masivamente en el México de Porfirio Díaz, no implicaron un desarrollo económico sostenido, pues los ferrocarriles sólo sirvieron para transportar materias primas de exportación, y casi únicamente beneficiaron a los propietarios de los países industrializados. En ellos, las exportaciones tienen efectos de enlace, lo que no sucedió con la aparente riqueza que se generaba constantemente, y constantemente desaparecía en América Latina.

La Segunda Guerra Mundial se manifestó en suelo sudamericano bajo la forma de una pugna entre los capitales alemanes y los de las potencias aliadas, muy pronto resuelta a favor de los norteamericanos, si bien los intereses germanos llegaron a crear una destacable red bancaria en América del Sur. Latinoamérica abasteció nuevamente a los Estados beligerantes durante la contienda, aprovechando sus enormes reservas naturales, pero cada exportación suponía un aumento de la inversión exterior, es decir, un aumento de la dependencia que muy pronto presentaría sus peores consecuencias.

Además de los movimientos de capitales, naturalmente, existían otros flujos, paralelos al movimiento del dinero, que nos sirven de indicio para detectar las corrientes inversoras:

-Migraciones. A un lado y a otro del Atlántico nunca se ha detenido el trasiego de personas. No son nuevas en el siglo XX, desde luego, sino que arrancan de la misma conquista, estableciéndose incluso ramas de una misma familia separadas por el mar pero unidas por conexiones históricas y lazos económicos. Pequeñas Sicilias, Galicias o Algarves se establecieron en toda Latinoamérica. Los períodos bélicos lanzaron a numerosos europeos fuera del continente, y América Latina los acogió como deberíamos acoger en la actualidad a los latinoamericanos que acuden a Europa en busca de trabajo y mejores condiciones de vida.

-Influencias culturales. Los viajes de ida y vuelta en canciones, productos y costumbres culinarias, palabras, medicinas y drogas, siempre han sido la clave de la continuación de una importante unidad cultural que salta las fronteras de fuertes nacionalidades. Particularmente destacable es esta unidad entre España o Portugal y sus correspondientes naciones americanas, pero esta influencia trasciende el ámbito ibérico e incluso latino. Europa cambió tras la Segunda Guerra Mundial. Perdió sus imperios y con ellos olvidó, afortunadamente, algo de su impronta imperial: a partir de entonces, al menos una parte de la sociedad europea, tal vez la más culta, comenzó a valorar a otros pueblos, a dudar de la

superioridad occidental y, en medio de sus propias penalidades de posguerra, se acercó a otras culturas hasta ese momento por ella despreciadas.

Aunque merecerían un estudio en sí mismos, estos elementos en nuestro análisis tienen únicamente una función de indicios. El comercio, en cambio, es una prueba segura del movimiento de capital y lo utilizaremos en lo sucesivo como factor primordial para explicar los vaivenes de las inversiones europeas en América Latina en los últimos años.

#### **4- La posguerra y la decadencia de los años 60**

Tras la Segunda Guerra Mundial podía decirse que los Estados Unidos se desentendieron de América Latina y concentraron sus inversiones en Europa y Japón, que iniciaban su reconstrucción. Las exportaciones latinoamericanas comenzaron de nuevo a perder impulso, más en su valor que en su volumen, al contrario que las importaciones (entre las que destacaron el armamento y los electrodomésticos), y este desequilibrio produjo una rápida pérdida de las reservas acumuladas de los países iberoamericanos, que volvían a situarse en los márgenes del sistema mundial. Varias razones explican este progresivo deterioro:

1- El relanzamiento industrial posterior a la guerra fue tal que dejaron de tener tanta importancia los productos primarios latinoamericanos, bien porque se obtuvieron sustituciones sintéticas de algunos productos (caucho), bien porque aparecen nuevos competidores agrícolas (Países africanos, Estados Unidos), lo que originará una importante caída de precios y el fracaso de los productos iberoamericanos para abrirse nuevos mercados.

2- La independencia conseguida por las economías nacionales con el método de sustitución de importaciones era parcial, ya que siempre tenían que importar lo esencial de la producción industrial. En otras palabras, los términos de intercambio nunca fueron iguales, con el consiguiente descenso del poder adquisitivo de los latinoamericanos. Tras el intento fallido, se reanudó abiertamente el sistema de importación de todo tipo de productos, sobre todo de bienes de equipo e intermedios.

3- No se aprovechó la oportunidad que supuso el período de entreguerras para crear un mercado iberoamericano autónomo, con lo que las industrias tuvieron falta de compradores, a pesar del éxito relativo de algunas. La competición era más frecuente que la complementariedad entre los productos manufacturados de los diversos países latinoamericanos cuya producción generaba, además, problemas financieros para los Estados.

4- La tecnología que se utilizó siempre importada y muy moderna, originó pocos puestos de trabajo (con la consiguiente escasez de consumo interno) pero gran dependencia exterior.

Entre 1950 y 1962, el volumen de exportación latinoamericano creció un 71%, lo que podría interpretarse muy positivamente si no se tuviera en cuenta que sólo aumentó un 49

por ciento en lo referente a su valor. Por aquellos años, el índice de precios bajó de 103 (1954) a 90 (1962). El aumento de exportaciones pudo deberse al impacto de la recuperación europea posterior a la Guerra de Corea, pero simultáneamente se produjo un incremento de precios industriales que golpeó fuerte a las frágiles economías iberoamericanas. El aumento de población en América Latina deterioró el ingreso *per capita* y mermó, en conjunto, la capacidad importadora de la región. El comercio entre los países desarrollados creció más, comparativamente hablando, que el que afectaba a América Latina, cuya participación porcentual en el comercio mundial no dejó de decrecer: si en 1913 este comercio representaba un 7.5 % del total, y en 1958 era de un 9 %, en 1970 había descendido a un 5.7 %, uno de los niveles más bajos jamás registrados, lo que indica claramente la tendencia al estancamiento a largo plazo de la economía latinoamericana. Se ha dicho a menudo que los productos clásicos de la exportación española eran “de aperitivo y postre”, y por tanto de lo primero que se prescinde en tiempos de crisis. Pues bien, los más representativos de América Latina, podríamos decir simplificando mucho, eran de “postre, café y puro”, y siempre estuvieron a merced de los bruscos cambios de precios internacionales. La cuestión era especialmente grave, debido a la doble o triple dependencia del comercio exterior latinoamericano, ya que las exportaciones son fundamentales para mantener la mayoría de los negocios del país, pero también para pagar las imprescindibles importaciones, y por último, para la recaudación fiscal y aduanera con la que el Estado puede hacer frente a la decadencia de sus débiles industrias.

En cuanto a la orientación geográfica del comercio latinoamericano, se radicalizó la tendencia hacia las relaciones casi monopolísticas con los Estados Unidos. A lo largo del siglo XX, se dio la siguiente sucesión:

Hacia 1913- Predominio de la importación y exportación a Europa

Hacia 1929 - Importación de EE.UU. y exportación a Europa y EE.UU.

Hacia 1938 - Equilibrio entre los principales destinos

Hacia 1950 - Todo a los Estados Unidos, todo de los Estados Unidos.

Hacia 1972 - Destaca una mayor diversificación de destinos.

Es decir, en la posguerra se destruye el equilibrio entre los diferentes clientes y acreedores de América Latina y los Estados Unidos monopolizan tanto las exportaciones como las importaciones, lo que teniendo en cuenta todo lo indicado anteriormente significaba la total dependencia de las economías latinoamericanas con respecto al gigante del Norte.

Tal vez ha de destacarse una excepción en el mantenimiento de la influencia europea más allá del Atlántico, y es el caso de Gran Bretaña y su relación con Argentina. Los flujos de capital inglés se mantuvieron en la posguerra debido a los tradicionales vínculos financieros y comerciales con Argentina. Para Inglaterra, la zona tropical americana tenía una menor importancia, pues disponía de relaciones poscoloniales con muchos territorios tropicales en otros continentes, mientras que en las latitudes templadas, Nueva Zelanda y Australia no eran competitivas, por su lejanía, con los productos argentinos. El procedimiento de inversión era la creación de empresas argentinas en la bolsa de Londres, que compraban productos ingleses e inducían a importar a los argentinos, generando una deuda progresivamente mayor, pero asegurando las exportaciones. Se trataba, pues, de créditos ligados, que perpetuaban la relación de dependencia aunque en apariencia fueran inversiones que desarrollaban la riqueza local.

Sólo mediante este sistema, o cualquiera de sus variantes, se recuperaron las inversiones extranjeras en algunos países durante los años cincuenta, pero el capital invertido provenía fundamentalmente de los Estados Unidos. El cambio frente a las fases anteriores era la importante inversión pública y oficial. Los préstamos privados sólo suponían el 45% del total. Este sistema empezó a denominarse “ayudas” al desarrollo, consistentes en créditos públicos para la compra de productos mayoritariamente norteamericanos. Los encargados de tramitar estas inversiones eran organismos internacionales como el FMI (Fondo Monetario Internacional), el Banco Mundial o el recién creado Banco Interamericano de Desarrollo. La “ayuda” era una forma diferida de subvencionar empresas estadounidenses y, en menor escala, europeas. Y esto valía incluso cuando las inversiones se realizaban en industrias o servicios públicos y también cuando se hacían bajo la forma de subvenciones, pues siempre se dependía de otra industria básica o de la tecnología producida en el país desarrollado. Las redes financieras se hicieron enormemente complejas. Los bancos serán, a partir de ese momento, los garantes de todo el movimiento comercial, pues dan cobertura a los giros, los créditos a la exportación, las transferencias... Las bolsas más importantes (Chicago, *Wall Street*, Londres o Hamburgo) deciden el precio de las materias primas, se negocia a un plazo determinado, con futuros, seguros y reaseguros ligados a compras simultáneas al contado y a término, y allí se canaliza el flujo de capitales vital para el comercio. Pero en última instancia serán los Estados, a través de instituciones más o menos controladas por ellos, los que definan el volumen y la orientación de las grandes corrientes del dinero. Eran mecanismos muy poderosos y se necesitaba una gran fortaleza para competir y salir airoso en una arena financiera tan sofisticada, y esto sólo lo podían lograr los países desarrollados.

Durante los dos quinquenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, las economías latinoamericanas se mantuvieron con sustitución de importaciones, con intentos de reducción del consumo de los productos importados y con recursos públicos que financiaron las poco competitivas empresas nacionales. Pero estas medidas no fueron suficientes para garantizar el crecimiento de las empresas industriales y contribuyeron a aumentar la deuda externa de sus Estados en mayor medida que se incrementaba el valor de sus exportaciones.

***Deuda externa de los países latinoamericanos***

<b>Año</b>	<b>Millones de dólares</b>	<b>Porcentaje del valor de las exportaciones</b>
1950	1.741	3,5 %
1955	3.666	6 %
1963	9.100	16 %

En casos extremos, y muchos países de América Latina se vieron en una situación así, la ayuda externa llegó a servir solamente para pagar los intereses de la deuda. Y aunque nadie puso en duda la importancia de la inversión del exterior para elevar el crecimiento económico (ya que fracasaba repetidamente el ahorro interno o cuando se producía buscaba los bancos norteamericanos o suizos), el recurso excesivo al capital exterior condujo a una deuda asfixiante que hacía peor el remedio que la enfermedad.

Teóricamente, de la sustitución de importaciones se podría haber pasado a la diversificación, sobre todo si se hubiera profundizado en la inversión en bienes de capital, de equipo o en investigación. En la década de los sesenta tuvieron lugar algunas inversiones siderúrgicas, en fábricas de cemento o pasta de papel,... pero no fueron rentables por la estrechez del mercado nacional, porque la excesiva protección y subvención las hacía poco competitivas en el exterior y porque siempre estuvieron expuestas a venirse abajo cuando les faltaron los fondos públicos. Se llegó a dar la paradoja que en países semiindustrializados, con industrias protegidas, éstas trabajaban sólo a medias porque no tenían más que el reducido mercado nacional.

Los enormes déficit fiscales provocados por la asunción por el Estado de las deudas de las empresas privadas y los planes de estabilización (casi siempre en forma de devaluaciones) originaron fuertes niveles de inflación y ruidosas protestas. Todavía en 1965 eran considerados “desarrollados” Venezuela, Argentina y Uruguay, mientras el resto de Latinoamérica no superaba los niveles de renta *per capita* exigibles para esta consideración. Pero los convulsos años setenta truncaron la prosperidad incluso en esos mismos países y la posibilidad de una industrialización sostenida en América Latina en su conjunto y se volvió a los patrones de la secular dependencia económica, al desmantelamiento de las industrias nacionales y al desempleo.

Las consecuencias de esta situación no se hicieron esperar. El paro generó una gran presión obrera en los años en los dos decenios que siguieron a la Guerra Mundial. Regímenes cada vez más represivos pretendieron evitar un movimiento obrero que ponía en peligro la imagen exterior y la inversión de los Estados desarrollados, cada vez más tímida y vacilante. Los gobiernos de los grandes países como Argentina o Brasil reprimieron la resistencia obrera a los planes de estabilización, pero también en los pequeños, como Guatemala, no se toleró desde el exterior la lucha social ni las reformas agrarias que pusieran en entredicho el poder de las empresas norteamericanas. Se empezaban a vivir las desgraciadas consecuencias de la insoportable deuda exterior de América Latina. Se

culpaba a la corrupción y a los políticos de la situación de retroceso económico y de confrontación social. No existía diálogo económico y social en América Latina, y mucho nos tememos que esta situación sigue siendo hoy endémica: las necesidades populares y las cifras que manejan los banqueros son dos instancias que no se escuchan.

La inestabilidad abrió la puerta a la intervención norteamericana. Además de la protección de sus intereses privados, otra importante razón lanzó a los gobiernos estadounidenses a inmiscuirse económica y políticamente en América Latina, y ésta fue la nueva geoestrategia surgida de la Guerra Fría. La intervención llegaba a ser militar cuando había indicios de que los regímenes eran poco fiables.

Se hizo frecuente contemplar cómo las endebles democracias latinoamericanas de los sesenta se iban quebrando a base de golpes de Estado burocrático-autoritarios que colocaban la anulación política de la clase trabajadora como primer punto, a veces único, de su ideario. Los gobiernos militares llegaron a predominar, desde 1970, sobre los populistas, y resultaron eficaces aliados de las empresas multinacionales de las que recibían el crédito, exceptuando lógicamente a Cuba, que orbitó desde entonces en torno a la Unión Soviética. La crisis del petróleo pudo influir en la radicalización de esta tendencia: si los gobiernos prometían y garantizaban el orden interior, reprimiendo toda oposición social a las medidas monetaristas, se concederían con cuentagotas los préstamos necesarios para importar petróleo, esa especie de oxígeno del crecimiento económico en el siglo XX.

No se veían soluciones a corto plazo sobre el desastre político y económico que estaba empezando a vivir América Latina. Por entonces se plantearon varias soluciones a los problemas latinoamericanos, que podrían resumirse en integración y planificación. Llegó a formularse, desde la Secretaría General de la ONU, un sistema de planificación a escala internacional, para acabar con el hambre y el subdesarrollo, en la Conferencia de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas, celebrada en Ginebra en la primavera de 1964. Resultó un fracaso más de la Organización en la que tantas esperanzas se habían puesto al terminar la Segunda Guerra Mundial.

Unos años antes, la creación del Mercado Común Europeo había supuesto un estímulo para los países latinoamericanos y una ligera recuperación del comercio exterior por la demanda de los países del Viejo Continente. Las inversiones de capital cruzaron el Atlántico con destino a América Latina, debido al superávit en la balanza de pagos que Europa occidental comenzó a tener. Pero sobre todo, el nuevo ordenamiento de Europa el efecto deslumbrante de la nueva fase exportadora de capitales hacia latinoamérica supuso un aliento a una posible unificación, o al menos una integración interior que la ayudara a vencer la secular dependencia del exterior y a dar pasos decididos hacia un futuro común.

Sin embargo, no beneficiaban a las relaciones entre América Latina y Europa los fuertes aranceles proteccionistas del recién creado mercado comunitario, la continuación del sistema de préstamos ligados a la compra de bienes manufacturados europeos y las onerosas garantías exigidas para llevar a cabo inversiones. Los norteamericanos cortaron con gran rapidez estos intentos, provocando una rápida ralentización y reflujo de los capitales europeos, mediante la Ley de Incremento del Comercio de 1962, que impidió el aumento de los intercambios y la cooperación entre las dos regiones. Las inversiones europeas a partir de 1960, sobre todo procedentes de Alemania e Italia y destinadas al sector industrial, quedaron oscurecidas por las promesas de ayuda para el desarrollo



provenientes de Estados Unidos y una coyuntural avalancha de capitales norteamericanos. Los sectores exportadores de Latinoamérica vieron a Europa como enemiga en el fondo.

La deuda era ya tan opresiva que el sueño financiero era poder llegar algún día a que las naciones unidas de Latinoamérica pudieran negociar en común con los Estados Unidos su sistema de financiación. Hasta llegar ahí se trataría de ir fortaleciendo los lazos culturales, económicos y políticos entre los países latinoamericanos. La institución en la que estamos en este momento (la OEI) mantiene viva esta voluntad.

Pero el camino no iba a ser nada fácil, como tan humanamente lo expresan las siguientes palabras de Gabriela Mistral:

“En la América del Sur el trabajo de unificar cuerpos y almas contrastadas, dándoles el mismo estilo de vida y reconciliando la sangre como la lana y el algodón en los telares, es faena mucho más demorada que la cabalgata bolivariana por los Andes y también más compleja que una exploración de la red líquida del Amazonas. Comprensión hay que darnos, paciencia y fe”.

O como reconocía en 1967 Felipe Herrera, primer presidente del Banco Interamericano de Desarrollo:

“Si América Latina no crea el cuadro de una gran región unificada, estará irremisiblemente sujeta a un proceso de ‘balcanización’ con toda su secuela de frustraciones y condenada a no utilizar plenamente los beneficios y las expectativas que ofrece el avance tecnológico contemporáneo”

Las ventajas económicas de la integración regional y de la unión iberoamericana eran evidentes: Plantas siderúrgicas, petroquímicas y de fertilizantes más eficientes, ahorro en transportes si se planificaban en común, rentabilidad mercantil de todas las industrias. Se evitaría la mala utilización de los recursos naturales, la exportación de recursos humanos de alta cualificación, se sortearía permanecer en la periferia de los polos de poder político y económico y se salvaría poco a poco la brecha tecnológica y la excesiva dependencia de patentes del exterior. Éstas eran las conclusiones de la CEPAL, principal organismo encargado de los estudios socio-económicos en la época. Los mismos Estados Unidos habían estimulado un Mercado Común Europeo para hacer eficientes los recursos del Plan Marshall, en el contexto de la Guerra Fría, y sin embargo, a pesar de los excelentes ejemplos de expansión comercial e industrial del Mercado Común Centroamericano desde los años cincuenta, dicha experiencia unificadora se vino abajo dolorosamente, debido a los conflictos entre las pequeñas naciones del istmo y sobre todo a causa de la intervención norteamericana.

Con la unión todo el mundo estaba de acuerdo y su necesidad es hoy tan evidente como hace cuarenta años, por no decir desde la misma independencia. Sin embargo, voluntades superiores se siguen imponiendo por encima de las de los latinoamericanos. Actualmente estamos más lejos de alcanzar esa unidad que en 1965, por ejemplo. Sin embargo, en los ochenta, el continente estaba aún más dividido y hoy día las distancias ideológicas se han acortado, por lo que aún podemos mantener algún atisbo de esperanza en un futuro común latinoamericano.

## **5- El falso crecimiento de los años setenta y la década perdida (los 80s)**

La deuda externa, principal lastre económico de Iberoamérica a finales de los sesenta, llegaría a extremos inverosímiles e insoportables en las dos décadas siguientes. Si en 1970, la deuda del total de estos países ascendía a 27.000 millones de dólares, en 1980 pasaba a ser de 231.000 millones, con pagos anuales de 18.000 millones. No es exagerado afirmar que esta pesada deuda aplastó a la economía latinoamericana en la década de los setenta, aunque no fuera el único de sus problemas.

La crisis del petróleo trajo, paradójicamente, un aparente respiro a unas economías que dependían tanto del crédito internacional. Existe una coincidencia en el criterio de los economistas al considerar que por entonces se produjo una oleada masiva de créditos baratos, fruto de los llamados petrodólares, grandes capitales surgidos de la subida de los precios del oro negro. Aunque los créditos había que pagarlos en divisa norteamericana y con tipos de cambio variables, las bajas tasas de interés provocaron despreocupación entre los prestatarios. Los gobiernos (muchos de ellos de carácter militar), empresas y particulares acudieron al crédito, y pudieron producirse así cifras macroeconómicas de crecimiento, sin percatarse del enorme endeudamiento del que dependían. Los prestamistas exigieron a cambio privatizaciones, desregulaciones fiscales, apertura de mercados, etc. Y se impusieron ideas liberalizadoras y estímulos a la iniciativa privada. Estos capitales flotantes con olor a petróleo fueron el ariete contra los vestigios de economías proteccionistas, que no pudieron resistir la tentación de estos capitales, en principio, baratos.

Pero varios factores quebraron este modelo de pseudodesarrollo: la competencia internacional, las quiebras cuando empezaron a subir los tipos de interés, la debilidad de economías endeudadas y dolarizadas, la pérdida de empleos y de consumo interno, y también que los recursos en vez de destinarse a la inversión, fueron hacia el consumo a través de los nefastos créditos ligados, que la caída de precios de las materias primas originaron inicialmente más producción entre los productores desesperados y por tanto los precios siguieron cayendo en círculo vicioso. Todo contribuía a que las economías latinoamericanas entraran en una profunda recesión.

En la década de los ochenta aumentaron en América Latina, de forma alarmante, el desempleo o subempleo, la pobreza, la delincuencia, la emigración. Se restringió el gasto público sobre todo en cuestiones sociales, ya que cada Estado tuvo que hacerse cargo de las deudas privadas en dólares, que subían sus tipos de interés siguiendo las decisiones de la Reserva Federal de EE.UU.. Se produjeron enormes fugas de capital y desinversiones (calculadas en un 10%), moratorias, renegociación en peores condiciones y deterioro del peso específico de América Latina en la economía mundial.

Los países productores de petróleo pudieron mantener incluso un *superávit* en su balanza de pagos, pero la mayoría de las naciones vieron cómo el fantasma de la deuda exterior volvía a impedir su avance económico de una forma más atroz que en los años sesenta. Las alarmas habían saltado cuando se negaron las ampliaciones de los préstamos a los países no exportadores de petróleo, cuando en 1982 empezó a registrarse un PNB negativo en el conjunto de América Latina y cuando se observaron nítidos síntomas de recesión. México declaró la moratoria unilateral de los pagos de la deuda, y el pánico

financiero cundió en todo el subcontinente con la retirada masiva de inversiones, muchas de ellas europeas.

El FMI intervino en seguida, y a comienzos de los ochenta y planteó una solución mediante una política de austeridad que siguió las líneas marcadas por los acreedores internacionales, con nítidos tintes neoliberales. Era imprescindible, según sus estudios, acabar con los restos de industrialización no rentable que aún se mantenían en las grandes naciones del Cono Sur. La desindustrialización fue rápida y eficaz al faltar el apoyo estatal. El monetarismo, que saqueaba las reservas latinoamericanas y reforzaba los procesos de dependencia económica hacia el capitalismo central, se convertía así en la única política posible, siguiendo la escuela de Chicago, si bien, como indica Urquidí: “La política monetaria dejó de ser una política: se torna(ba) una respuesta tenue a condiciones fuera de control”.

En la década de los 80, América Latina transfirió a las economías industrializadas, 200.000 millones de dólares (el equivalente a varias veces el Plan Marshall), mientras el PIB regional descendía en su conjunto. Esta crisis fue gestionada por democracias moderadas, pues los militares no podían hacerse cargo del problema de la deuda y habían demostrado su ineptitud económica y política. La guerra de las Malvinas fue el último desastroso episodio de la huida hacia delante de los gobiernos militares de Argentina. Pero la alternativa democrática que se instauró no quiso o no pudo plantear juicios ni responsabilidades por el pasado, estuvo sometida a la vigilancia del ejército y se caracterizó por sus medidas duras de ajuste económico que pronto desengañaron a la población.

La transferencia de excedentes de capital de los años ochenta generó amplios estudios sobre el intercambio desigual y el neoimperialismo, pues sumió a América Latina en la pobreza, con bolsas de miseria que eran escandalosas en una tierras con enormes recursos naturales. La productividad de la mano de obra descendió, como si se tratara de un retroceso en la historia, y no debe olvidarse que el mantenimiento y aumento de la productividad laboral es el más firme indicio de que un país camina hacia el desarrollo, como había sucedido, por ejemplo, en los Estados Unidos a lo largo del siglo XIX.

Si el crecimiento *per capita* acumulado entre 1971 y 1981 fue del 34,3%, entre 1981 y 1991 resultó negativo en un -8,1%, ya que si bien el PIB creció un 16 %, la población experimentó un avance de un 24 %, lo que hizo imposible cualquier política de crecimiento económico sostenido.

De nuevo centramos nuestra atención en la política, la sociedad o el comercio, y parece que nos hemos desviado de la cuestión capital, es decir, precisamente del flujo de capitales en torno a América Latina. Pero lo cierto es que lo que hace factible el mantenimiento de un gobierno u otro, así como que se realicen o no las operaciones comerciales y que existan todas las conexiones económicas que forman el mercado mundial, no es otro elemento que el capital bancario y financiero que se mueve todos los días alrededor del mundo, y cuyo ritmo de movimiento se ha acelerado en los últimos años.

Para entender el deterioro de América Latina en los años ochenta, esa década perdida para el progreso en el subcontinente, no queda más remedio que estudiar el origen del problema, es decir, los flujos de capitales. Los Estados Unidos habían heredado el sistema bilateral inglés hacia América Latina: cuotas de inversión y preferencias de importación cambiantes

en función de los *lobbies* que presionan en el Congreso. Los cambios tienden a defender a los productores norteamericanos y a desestabilizar la producción de los competidores. El control, la racionalización y planificación de la producción no se han aplicado sino excepcionalmente (las empresas norteamericanas en América Latina sí lo regularon, en el sector agrícola y minero, de forma que tuvieron más capacidad de superar las crisis en los precios o la baja demanda de un determinado producto).

Las soluciones *ad hoc* que se fueron tomando, el tejer y destejer de las medidas económicas de los diferentes gobiernos latinoamericanos es una madeja difícil de desenredar. Un río revuelto con demasiados interesados en la continuación de la falta de claridad. Por ejemplo, la moratoria de pago de la deuda mexicana, aunque inicialmente perjudicó a todos los acreedores, estadounidenses, japoneses y europeos, supuso a la postre una reafirmación de relaciones bilaterales entre México y los Estados Unidos, haciendo más difíciles allí las inversiones europeas.

No obstante, resulta muy difícil separar las inversiones europeas de las norteamericanas en este período, pues el principal monto de los fondos es gestionado por organismos internacionales, de nueva creación o creados en los años sesenta, y desde que las monedas europeas son plenamente convertibles (1958). Esto no quiere decir, sin embargo, que el dinero no tenga nacionalidad: la intervención conflictiva de los Estados es una de las claves de la expansión capitalista (según afirma Leucate, 1970: 56). Para un campesino guatemalteco, seguramente no hay diferencias entre el capitalismo norteamericano y el europeo, pero lo cierto es que es el Estado norteamericano el que ha bombardeado por tres veces su país desde 1954.

Sin duda se cometieron errores en la gestión interna de los países latinoamericanos, pero no debe caerse en la ingenuidad de pensar que la corrupción y la ineficacia de los políticos han sido los únicos factores de su penosa situación económica. Cuando se han producido aciertos, por ejemplo cuando se ha intentado de forma continuada poner en práctica un modelo económico beneficioso, tendente a la independencia económica y su consecuencia, el desarrollo, se ha hecho evidente la intervención norteamericana bien mediante un ajuste arancelario, una presión diplomática, un boicot económico, un golpe de Estado interior o una invasión de las fuerzas armadas, que pone de nuevo el reloj de la independencia a cero, por lo que todo intento económico bien encaminado es un simple tejer y destejer. Sólo los actos económicos erróneos son admitidos.

Aunque sí han proliferado teorías de liberación política y teologías de la liberación, no ha existido una formulación económica de la liberación, y sólo se han cosechado resultados adversos, a medio plazo, de las medidas puestas en marcha. El caso paradigmático es la siempre aplazada reforma agraria. El contraste que sigue dándose en América Latina es desolador: islas económicas con empresas modernísimas, crecimiento de unas pocas fortunas, grandes masas de capital que fluyen, sobre todo hacia afuera, y lo demás es subdesarrollo, pobreza y hambre. Ante la menor crisis redistributiva, las capas altas de la sociedad y las instancias exteriores apelan a la fuerza para resolverla. No hay otro futuro si no se toman decisiones y se desarrollan políticas estratégicas que han de mantenerse con inteligencia y firmeza.

## **6- Los vaivenes del nuevo cambio de siglo**

Indicadores precisos de la desastrosa situación de América Latina a finales de los ochenta son los índices de inflación que por entonces se registraron, de los más altos de la historia económica mundial. En 1990 Argentina experimentó un 1.344 por ciento de inflación, Brasil 1.585 %, Perú 7650 % y Nicaragua 13.490%. Las causas de este fenómeno, denominado *hiperinflación* son diversas y siempre interrelacionadas de forma espiral, pero la más importante fue el recurso de los Estados a pagar su deuda con una devaluación.

Aunque ya se apreciaron signos de cambio a mediados de los ochenta, la década de los noventa será un decenio de reformas. En esencia, se trata de una serie de ajustes macroeconómicos y de medidas fiscales y financieras que los gobiernos adoptaron, presionados por la deuda y siguiendo las directrices del FMI y del Banco Mundial y que podemos clasificar en dos tipos:

1- Medidas tendentes a lograr la estabilización económica, lo que significa austeridad en el gasto público y control de la inflación, que han tenido un innegable éxito a corto plazo.

2- Políticas de ajuste estructural, pensadas para el largo plazo, aplicadas mediante importantes créditos a aquellos países latinoamericanos que liberalizan el mercado y sobre todo su sistema financiero. Estas medidas de liberalización han abierto, de forma no estructurada los mercados de capitales, creando en el medio plazo, en ocasiones, crisis coyunturales muy graves.

A mediados de los noventa, los indicadores macroeconómicos se habían recuperado: la inflación estaba contenida, dejando atrás la hiperinflación de los ochenta; el déficit público había sido controlado, la deuda seguía siendo gigantesca pero se podía ir pagando gracias a que los créditos volvían a estar baratos. De nuevo los inversores del Viejo Continente, impulsados por el superávit logrado por una Unión Europea más amplia y con la península ibérica ya en su seno, acudieron a la demanda de capitales de los países de América Latina. Si la entrada de fondos privados en 1990 fue de 13.400 millones de dólares, en 1994 ya era de 57.000 millones, y siguió ascendiendo rápidamente. El alivio de la situación debido a las bajas tasas de interés no era nuevo, pues esto ya había sucedido en los años setenta y los analistas económicos sabían que la euforia del crecimiento podría desembocar en una nueva crisis. Además la formación bruta de capital, o si se quiere, el aumento de la riqueza consolidada de los países latinoamericanos, era muy lenta.

Las inversiones se realizaron, ante todo, en *cartera*, a corto plazo. Son capitales muy volátiles, y podían abandonar los países casi instantáneamente, como de hecho sucedió ante el miedo a la debilidad de economías clave de Iberoamérica. Los sistemas financieros nacionales eran, y siguen siendo por eso mismo, muy vulnerables. Los llamados efectos *tequila* (1994), *tango* (1995), la devaluación del real en Brasil (2000), la crisis argentina (2002), y la difícil situación de Venezuela (2003), son ejemplos del mismo fenómeno estructural. Es paradigmático en este sentido el proceso de dolarización del peso argentino, recibido con entusiasmo por un sector muy influyente de la opinión pública del país sudamericano, cuando en realidad dejaba su economía en manos de la Reserva Federal, organismo estatal norteamericano que fija el tipo de interés, y por tanto, regula en buena medida el flujo de capital en dólares. Nadie recordó este hecho cuando se ha producido poco más tarde la crisis argentina por antonomasia, a la que tal vez se conozca en el futuro como la crisis del “corralito” financiero, cuando lo cierto es que apertura y vulnerabilidad

van ligados cuando las fuerzas entre dos países abiertos entre sí son tan disímiles. El resultado es que enormes sumas de capital europeo, y particularmente español, a través de empresas como Repsol-YPF, Banco de Santander, Telefónica o Endesa, han quedado atrapadas en Argentina, al igual que sucedió en Brasil con la devaluación del real. En México, la moratoria de la deuda en los ochenta condujo a la renegociación como ya indicamos, y en los noventa México ha entrado en el Tratado de Libre Comercio (NAFTA) que ha supuesto un reflujo de las inversiones de la Unión Europea en el socio pobre de ese triunvirato norteamericano. La participación de la UE en su mercado descendió del 17,4% al 8,5% entre 1990 y 1998. México subió aranceles y se cerró hacia el capital europeo, en plenas negociaciones con Europa, lo que ha supuesto una medida muy perjudicial para la UE y obligará a estos capitales a ser más precavidos en el futuro. Esperemos que el acuerdo NAFTA no perjudique al país hispano tanto como otras “aperturas” transitorias han perjudicado a otros.

En resumen, en lo que respecta al título de esta conferencia, antes de 1914 hubo un predominio claro de la inversión británica en América Latina, entre 1914 y 1960 se produjo, más o menos drásticamente la retirada de la mayoría de capitales europeos, con predominio de los Estados Unidos, y a partir de 1960 continua este predominio pero con un progresivo aumento de las inversiones europeas en la zona, y de forma destacable en los servicios públicos y en sectores estratégicos. Sin embargo, con el comienzo del nuevo siglo se ha producido una importante crisis y un nuevo reflujo de los capitales de la Unión Europea, muchos de ellos canalizados a través de España y Portugal, que truncan algunas esperanzas de consolidación de mecanismos económicos beneficiosos para ambas orillas del Atlántico.

No entenderíamos lo que sucede si sólo atendemos al estudio de las leyes económicas. Detrás de todos estos golpes a las economías latinoamericanas hay un trasfondo de decisiones políticas, difícil de demostrar dada la cercanía temporal de los fenómenos. Encontrar pruebas de los asertos aquí expresados correspondería más a un periodismo de investigación que a la labor de un historiador. Las decisiones tomadas en Washington pueden hacer tambalear o invalidar, de la noche a la mañana, estrategias inversoras de cualquier país europeo (por muy importantes que sean sus intereses), o políticas económicas de cualquier Estado soberano de América Latina. No faltan noticias de tipo económico y político, hasta casi la saturación, pero es difícil encontrar las que van a los orígenes de los problemas, de manera que en la información diaria suele ignorarse la geoestrategia más elemental y explicativa, así como el papel intervencionista de los Estados y la unidad de intención política de la mayoría de los flujos de inversión.

La solución sólo podrá producirse cuando América Latina negocie en un plano de igualdad con sus clientes, inversores y acreedores. El propio Alexander Hamilton, uno de los padres de la patria norteamericana, declaraba en 1791, a propósito de la necesaria igualdad y reciprocidad entre su país y las metrópolis europeas:

“Estados Unidos no puede intercambiar con Europa en iguales términos; y la falta de reciprocidad puede rendirlos víctimas de un sistema que pudiera inducirlos a confinarse a la agricultura y a refrenar la producción de manufacturas. Una constante y consciente necesidad, por su parte, de mercaderías europeas y, en cambio, sólo parcial y ocasional demanda de las suyas, no podría menos que exponerlos a un estado de empobrecimiento

comparado con el de la opulencia a que sus ventajas políticas y naturales les autorizan a aspirar... Si Europa no ha de tomar de nosotros el fruto de nuestro suelo en términos compatibles con nuestro interés, el remedio natural es que reduzcamos, lo antes posible, nuestras necesidades de lo suyo”.

Es decir, que el beneficio de los intercambios de bienes, servicios y capitales, debe ser mutuo, para evitar la cerrazón consiguiente del país perjudicado. También los Estados Unidos padecieron las tendencias centrífugas impuestas por el sistema de comercio colonial, y fue necesario superarlas con decisión. Pero las medidas de fuerza necesarias sólo pueden tomarse en América Latina si hay unidad entre naciones, y a estas alturas si se cuenta con aliados en dicho proceso, pues la única explicación para no llevar a efecto la integración es la existencia de renovadas imposiciones neocoloniales.

En estos momentos están en marcha varios procesos de integración regionales en Latinoamérica. El Tratado de Libre Comercio, o NAFTA, al que hemos aludido, no busca la integración, sino un área sin trabas comerciales, lo mismo que el ALCA (Área de Libre Comercio de Las Américas) pretende hacerlo en toda América a largo plazo. Se trataría de lograr una reducción progresiva de aranceles y de límites a la inversión. Pero insistimos que los beneficios exportadores que así pueden conseguirse coyunturalmente, podrán ser anulados en cualquier momento a voluntad de la nación dominante, como ha sucedido en la cambiante política arancelaria estadounidense.

La Organización de Estados Americanos encabeza la lista de organismos que supuestamente unen a las dos Américas, y viene a nuestra mente la del Norte ni la del Sur, sino la América rica y la América pobre, ya que en este caso los términos medios casi no existen, desgraciadamente.

De muy distinto cariz son los verdaderos organismos y procesos de integración en América Latina, y destacamos con letras de oro a nuestro anfitrión, la Organización de Estados Iberoamericanos. Así, MERCOMÚN tuvo éxitos notables entre 1960 y 1980, pero la inestabilidad política y económica desde entonces ha provocado que, de momento, no pueda superar la fase de facilidades arancelarias con la que comenzó, aunque sus pretensiones fueran más allá, como el sueño de llegar a tener un parlamento latinoamericano. Pero todo esto quedó congelado tras las crisis de los ochenta y la firma del NAFTA. La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) podría infundir nueva fortaleza a los intentos de integración económica del América Latina.

CARICOM, el Mercado Común Centroamericano, el Pacto Andino y sobre todo MERCOSUR (Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay) dieron en algún momento o están dando excelentes resultados para lograr la abolición progresiva de tarifas internas que favorezcan el librecambismo interior con protecciones compensatorias, lo que significa trato preferencial a algunos países cuyas economías puedan peligrar, una tarifa externa común con una estrategia consensuada en el comercio exterior, una política común de inversiones públicas y privadas, la coordinación en políticas fiscales, monetarias y de pagos, la elaboración de un plan conjunto de desarrollo (incluyendo una verdadera reforma agrícola) y recursos para llevarlo a cabo.

Pero es triste que estas iniciativas sean sólo parciales y que nunca puedan abarcar la totalidad de nacionalidades con tantas señas de identidad comunes como las

latinoamericanas, pues como indicó Herrera, “América Latina no es un conjunto de naciones, es una gran nación desecha”

Latinoamérica ocupaba en la atención de la Comunidad Económica Europea un puesto marginal y secundario. Sin embargo, la adhesión de España y Portugal en 1986 marcó un cambio en este sentido, ya que desde entonces ambos países han servido de vehículo a los intereses comunitarios, y también a sus capitales, contando con la gran ventaja de contar con el mismo idioma y algunos rasgos culturales comunes. Desde la Declaración de Corfú de diciembre de 1994, las relaciones mutuas se impulsaron de forma considerable en dos frentes, uno estrictamente económico, consistente sobre todo en la liberación mutua de intercambios, y otro político, de apoyo a los procesos de integración existentes. Un año más tarde se firmó un bien diseñado acuerdo entre MERCOSUR y la UE, que intensificó inicialmente los contactos hasta conseguir que Europa sea el primer socio comercial, con el 29% de sus exportaciones, frente al 20% destinadas a los Estados Unidos, y el 34% de sus importaciones (27% de EE.UU.). Sin embargo, aún se está muy lejos de llegar a la situación óptima en las relaciones económicas, pues para la UE, MERCOSUR sólo representa el 3% de los intercambios, y en los encuentros subsiguientes se ha mostrado la debilidad institucional de las organizaciones supranacionales de América Latina: no hay cesión de soberanía, sino que todas las decisiones han de tomarse por consenso, de forma que cada país puede bloquear el acuerdo más nimio, y no hay, *de iure*, una autoridad supranacional que negocie con la UE.

Las relaciones económicas de los países latinoamericanos con España y Portugal en los últimos años han sido fiel reflejo de los vínculos culturales que enlazan uno y otro lado del Atlántico. Más que comercio, destacan las inversiones españolas en la región: América Latina recibió en 1999 el 64,5% del total de la inversión española, y tres cuartas partes de esa suma sólo en MERCOSUR. Se trataba de una gran apuesta española, sobre todo teniendo en cuenta los sectores estratégicos (energía, telecomunicaciones, bancos...) adonde iban destinados los principales flujos de dinero.

Hasta hace poco podían hacerse previsiones sobre un futuro aduanero común entre la Unión Europea y América del Sur y el Caribe (pues a partir del istmo de Panamá el control estadounidense es incuestionable. Se pudo aventurar que podrían quedar a salvo incluso intereses agrícolas comunitarios si se materializaba una zona de libre comercio entre ambas regiones. Pero los golpes asestados a los intereses europeos (y sobre todo españoles) en las últimas situaciones críticas han hecho tambalear esta trayectoria. Una vez más ha quedado demostrado que el nivel de las inversiones en América Latina es un termómetro muy sensible de la situación política y económica internacional y del estado del equilibrio de fuerzas entre potencias, en una sociedad de capitalismo globalizado, según el modelo descrito por Immanuel Wallerstein.

Las inversiones españolas en Latinoamérica se presentaron ante la opinión pública como apuestas a largo plazo, para evitar el rechazo por neocolonialismo y la sombra de la conquista que aún pesa en la memoria colectiva de América Latina, y habrá que ver cómo sortean las enormes dificultades actuales y las netas pérdidas que están teniendo después de 2000, en que se ha producido un descenso del ritmo inversor. El modelo europeo de crecimiento, sin salirse de los estrechos márgenes impuestos por la ley del máximo beneficio que rige el sistema capitalista en su conjunto es, a nuestro juicio, menos agresivo y más igualador que el estadounidense, y presenta una alternativa a los fulgurantes



crecimientos coyunturales que anticipan indefectiblemente trágicas crisis y momentos de recesión. A España no le ha ido mal en Europa, pese a los esfuerzos y ajustes que se han tenido que realizar. Sin ser demasiado triunfalista teniendo en cuenta el sangriento pasado del Viejo Continente, pero viendo los frutos recientes, parecería que al modelo europeo le interesa que a su alrededor haya riqueza y paz, e incluso un mayor respeto ecológico, lo que no parece suceder con el modelo estadounidense, cuya economía se tambalea si un competidor hace bien las cosas o no hay una guerra en perspectiva. Por cierto que la destrucción ecológica en América Latina es tal vez la más virulenta del globo, y siempre a causa de un intento de mantener o incrementar el crecimiento económico sin el desarrollo tecnológico que permite nuestro siglo XXI.

¿Son las inversiones europeas en América Latina más estables? Tal vez simplemente tienen menos reflejos en su retirada y han quedado atrapadas en la caída, o están más lejos, o son capitales menos tímidos, menos especulativos a corto plazo. En cualquier caso, en los últimos dos años hemos asistido a un reflujo de capitales europeos en Latinoamérica, un nuevo retraimiento inversor que no augura nada bueno para ninguna de las dos partes.

No es posible saber si la relación con Europa puede ayudar a América Latina a resolver sus problemas estructurales, la pobreza, la desigualdad, sus imperfecciones democráticas. Pero en ocasiones parecen vislumbrarse malos presagios que anuncian que el mundo camina subterráneamente hacia la formación de nuevos bloques enfrentados, situación que sólo podemos calificar de desgraciada. Sería interesante encontrar un modelo social y un sistema económico y político mundial que no aboque a este peligroso camino. Es como si los hombres, las mujeres, las masas, tuvieran una incapacidad innata para ver los peligros que les amenazan. Sólo la educación puede rescatarnos de la ceguera suicida, y por ello no encuentro mejor final que la frase de José Martí: “hombres cosechará quien siembra escuelas”.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cardoso, Ciro F.S. y Pérez Brignoli, Héctor (1984): *Historia económica de América Latina. 2. Economías de exportación y desarrollo capitalista*. Barcelona, Crítica.
- Cipolla, Carlo M. -Ed.- (1980-1981): *Historia económica de Europa (5 y 6)*. Barcelona, Ariel.
- Furtado, Celso (1969): *La economía latinoamericana, desde la conquista ibérica hasta la revolución cubana*. México, Siglo XXI.
- Galeano, Eduardo (1971): *Las venas abiertas de América Latina*. Madrid, Siglo XXI (18ª edición, 2002).
- García Menéndez, José Ramón (1989): *Política económica y deuda externa en América Latina*. Madrid, IEPALA-Universidad de Santiago de Compostela.
- Hernández Sánchez-Barba, Mario (1988): *Iberoamérica en el siglo XX. Dictaduras y revoluciones*. Madrid, Anaya.
- Herrera, Felipe (1967): *El desarrollo de América Latina y su financiamiento*. Buenos Aires, Aguilar.
- Lambert, Denis-Clair y Martin, Jean-Marie (1976): *América Latina: Economías y sociedades*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Leucate, Ch. (1979): *Internacionalización del capital e imperialismo*. Barcelona, Fontamara.
- Luchaire, François (1971): *La ayuda a los países subdesarrollados*. Barcelona, Oikos-Tau.
- Paz Báñez, Manuela A. de (1998): *Economía Mundial. Tránsito hacia el nuevo milenio*. Madrid, Pirámide.
- Quesada, Roberto (2002): *Los barcos*. Tegucigalpa, Big Banana Editores.
- Sebastián, Luis de (1988): *La crisis de América Latina y la deuda externa*. Madrid, Alianza.
- Skidmore, Thomas E. y Smith, Peter H. (1999): *Historia contemporánea de América Latina*. Barcelona, Crítica.
- Todaro, Michael P. (1988): *El desarrollo económico del Tercer Mundo*. Madrid, Alianza Universidad.
- Vargas Llosa, Mario (2001): *La Fiesta del Chivo*. Madrid, Punto de Lectura.
- VV.AA. (1984): *América Latina: Deuda, crisis y perspectivas*. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.
- Zacchia, Carlo (1981): “Comercio internacional y movimientos de capital” en Cipolla, Carlo M. - Ed.- (1980-1981): *Historia económica de Europa (5 y 6)*. Barcelona, Ariel.